



Lucas Lenz

PABLO DE SANTIS

Ilustraciones de **Kundo Krunch**

loqueleo 



**Lucas Lenz
y el Museo del
Universo**



Oficina de objetos perdidos



Todos los chicos pierden sus juguetes. No importa si son soldaditos o autos o cosas grandes y pesadas. Si jugaran con autos o trenes o elefantes de verdad, también los perderían. Y no hay nada que pueda hacerse al respecto. Ordenar las cosas no es ninguna solución; complica todo.

Yo también perdía mis juguetes cuando era chico. Pero, a diferencia de los demás, los encontraba.

No importaba el desorden del cuarto que compartía con mi hermano Federico: yo tenía *algo* que me ayudaba a encontrar las cosas. Intuición, por llamarlo así.

A mí me importaba mucho esa habilidad. Creía que era lo único bueno que tenía. Jugaba mal al fútbol y siempre me mandaban al arco. (Nunca entendí, además, por qué a los malos jugadores los eligen de arqueros: mi equipo siempre perdía veinticinco a cero). No me salía ninguna cuenta, ni siquiera las que se hacen

8 con los dedos, tenía errores de ortografía como para hacer una colección y ni siquiera era uno de esos chicos a los que a las madres les gusta lucir. Porque tenía siempre la ropa manchada.

Los frascos de dulce, la tinta de la lapicera, las acuarelas, las témperas, las salsas parecían magnéticamente atraídas hacia mis camisas y pantalones.

Pero podía encontrar las cosas perdidas mejor que nadie. Si mi hermano perdía un soldadito, yo lo encontraba. O un lápiz extraviado en el aula. O si mi madre no encontraba la boleta de la electricidad.

Si a alguien se le perdía algo, me lo pedía a mí. Eso me servía muchísimo. Podía decir, por ejemplo: "Si te encuentro el cuaderno de clase que perdiste, ¿qué me vas a prestar a cambio?". Yo estaba contentísimo con mi habilidad.

Después crecí. Algunos chicos que conocía se hicieron médicos o electricistas, o ejecutivos en compañías petroleras o taxistas, y casi todos se convirtieron en personas dedicadas a aburrirse. Muchos tienen escritorios, y un almanaque encima del escritorio, y van tachando los días que pasan. Al final de cada año rompen el almanaque en trocitos y lo tiran por la ventana, creyendo que es muy divertido hacer eso, aunque no se diviertan en absoluto. Después se compran enseguida otro almanaque y empiezan a tachar de nuevo.

Yo me hice buscador de cosas perdidas. No gané plata, no tuve éxito, recibí muchos golpes, tuve miedo más de una vez, pero, al menos desde que empecé a trabajar en serio, nunca me aburrí.

Es inútil que busquen en una enciclopedia qué tipo de profesión es la que llevan los buscadores de cosas perdidas. Yo fui el

9 primero en dedicarme a eso y no aparezco en las enciclopedias porque no soy ni famoso ni antiguo. (Famoso me gustaría ser; antiguo no, porque, si hubiera nacido hace varios siglos, ahora estaría muerto).

Un buscador de cosas perdidas es algo parecido a los detectives privados de las películas, pero dedicado solamente a buscar cosas perdidas. Es decir, ni personas ni dinero. Cualquier cosa que esté perdida por ahí.

Me compré un escritorio usado que parecía comido por las termitas y puse en la puerta de mi oficina un cartel con mi nombre: LUCAS LENZ, y abajo: BUSCADOR DE COSAS PERDIDAS.

Había alquilado una oficina barata en una calle muy cercana a los tribunales. En todos los edificios de esa calle había escribanos y abogados. Al lado de mi oficina, en cambio, había un agente teatral dedicado a contratar artistas de varieté. En la puerta de la oficina decía RICHARD STAR, pero no creo que fuese su nombre verdadero. No era muy importante, me parece, porque siempre recibía bailarinas de quinta clase o payasos que repetían chistes que ya sabía Colón, o cantantes de ópera afónicas.

Más de una vez se equivocaban de oficina. Al principio, al oír que golpeaban a mi puerta me ponía contento, porque pensaba que por fin venía alguien para contratarme, pero bastaba mirarles el aspecto para darse cuenta de que había algo raro.

Por ejemplo, una vez se abrió la puerta y aparecieron dos hombres. Uno estaba vestido de cigüeña; el otro, de bebé, con un enorme chupete en la boca. El primero agitaba sus plumas como si volara, mientras que el otro lloraba a los gritos. Tardé en darme cuenta de que los cacareos de uno y el llanto del otro

eran en realidad una canción. Mientras cantaban yo intentaba explicarles que no era el famoso representante de artistas Richard Star, sino el humilde buscador de cosas perdidas Lucas Lenz. Pero cuando me dejaron hablar ya habían hecho todo su número.

—¿Le gusta? No hace falta que diga nada, lo leo en su cara: le encantó —dijo la cigüeña—. El número se llama “Lo que trajo la cigüeña al mundo”.

—Lo único que necesitamos es una escenografía con una torre Eiffel, porque las cigüeñas vienen de París —dijo el bebé.

—Si quiere contratarnos ya, estamos a su disposición. Por el momento no cobramos muy caro, pero el día de mañana...

—Será otra cosa, sí, señor —terminó el bebé, mientras encendía una pipa.

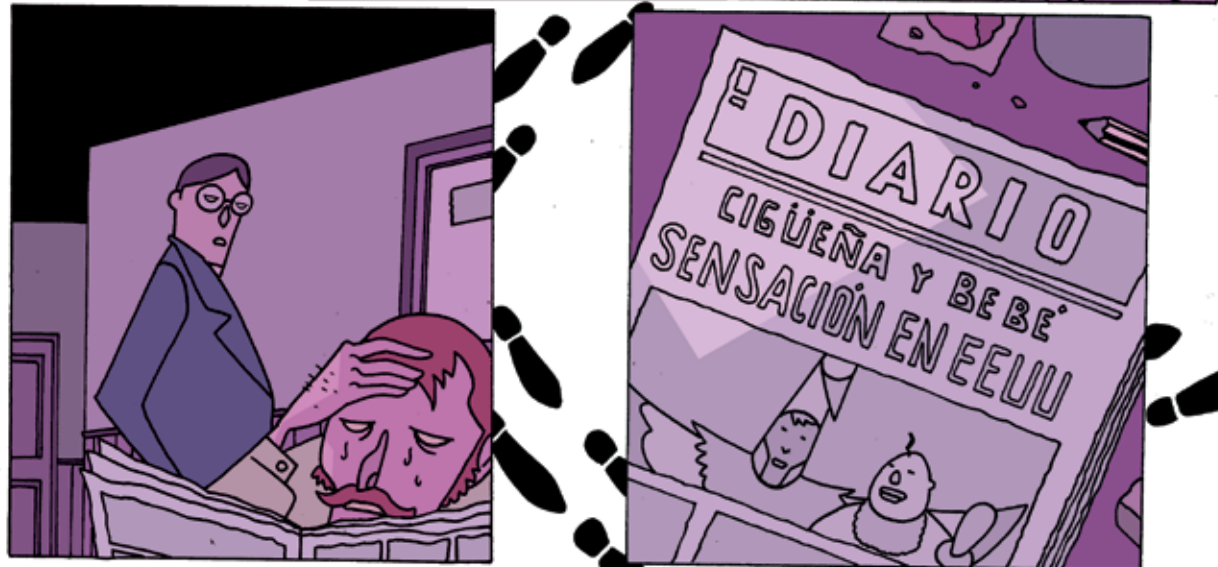
—La oficina de Richard Star es la que está aquí al lado —señalé hacia mi derecha.

—Te lo dije, idiota —protestó el bebé—. ¡Ahora vamos a tener que hacer el número de nuevo!

—¿Y qué te creés, que soy una cigüeña de verdad, para encontrar siempre el lugar correcto? —se defendió el otro.

Desde mi escritorio escuché cómo hacían su espectáculo en la oficina de al lado. El agente y representante de actores Richard Star los escuchó en silencio y al terminar los echó a patadas.

(Meses después aparecieron en televisión. El público los aplaudió. Una tarde lo encontré a Richard Star llorando sobre la página de un diario; levanté la página mojada por las lágrimas y vi la noticia de que el plumífero y el bebé habían triunfado en Estados Unidos).



Bueno, así eran mis días. Aparecía gente que me encargaba que buscara a su gato blanco con manchas grises, o una carta de amor, o una caja con documentos importantes, perdida en una casa enorme y desordenada. Si el objeto buscado existía, yo generalmente lo encontraba. Y hasta encontraba cosas que nadie había perdido.

Los detectives de las películas se mueven en bares, clubes nocturnos, hipódromos vacíos, callejones sin salida, noches de pólvora y cuchillos. Yo actuaba en altillos, sótanos, desvanes, casas abandonadas. Si hubiera buscado fantasmas, habría elegido esos mismos lugares.

No tuve un solo caso importante hasta que una tarde apareció el señor Raval.



El Museo del Universo



Yo estaba leyendo el diario con los pies sobre el escritorio cuando entró un hombre totalmente calvo, con anteojos de vidrio verde. No tenía cara de actor, pero nunca se sabía. Esperé unos segundos, para ver si comenzaba a hacer zapateo americano o a cantar un bolero, pero no hizo nada. ¿Era posible que por fin tuviera un cliente?

—¿Señor Lenz? Mi nombre es Raval. Vengo a hacerle un encargo. Espero que no le lleve mucho tiempo.

El hombre estaba bien vestido. Podía ser un encargo importante, así que dije en tono profesional:

—Dígame lo que tengo que buscar y en qué lugar del mundo está. Me paga la mitad ahora y la otra mitad, cuando regreso.

Raval se acercó a la silla que estaba del otro lado del escritorio, le pasó un pañuelo para limpiarla y se sentó. Sacó una fotografía de su bolsillo. Era una tortuga.

—No hay que viajar mucho. Quizá la tortuga esté en esta misma ciudad. Se llama Lulú, y es la más grande y la más vieja del mundo.

Miré la fotografía. Era en blanco y negro, muy vieja. Como no se veía nada más que la tortuga, no había modo de saber cuál era el tamaño del animal.

—¿Tiene alguna pista? —pregunté.

—La tortuga posó como modelo para una estampilla que hizo un tal Faber. Trabajaba como dibujante en el Instituto Filatélico. No sé si vive todavía.

—¿Cuándo se perdió la tortuga? —pregunté.

—No sé, no era mía. No tengo otro dato que este. Encuéntrala lo antes posible. Es una reliquia; quién sabe cuántos años tendrá ese animal.

Me dejó algunos billetes sobre el escritorio y se fue.

Parecía un caso fácil. Al fin y al cabo solo se trataba de una pobre tortuga perdida en el tiempo y enferma de inmortalidad. Seguí la única pista que tenía: el Instituto Filatélico, donde se dibujaban las estampillas del correo.

Era un edificio de pocos pisos, tan angosto que casi parecía una torre. La entrada estaba sucia, los pasillos llenos de papeles. Entré en una oficina. Un hombre sostenía una estampilla gigantesca, que le llegaba de la cabeza hasta los pies. En la estampilla había un dibujo de un hombre a caballo.

—¡No, animal, no podemos hacer estampillas de ese tamaño, aunque sea para encomiendas! —gritó un hombre de barba.

—Pero es para los paquetes grandes —dijo el otro, escondiéndose detrás de la estampilla.

—¡Nooooo! —gritó—. Es imposible. Las estampillas tienen el tamaño que tienen.

—Pero es que es muy difícil dibujar en tan poco espacio.

—¿Y a mí qué me importa? ¿Para qué viniste a trabajar aquí? Si quieres pintar algo grande, dales una mano de pintura a las paredes.

Aproveché un silencio en la discusión para preguntar por Faber.

—Último piso —dijo el que estaba enojado.

El ascensor no funcionaba. Subí por las escaleras hasta el cuarto piso; ahí se terminaba el edificio. Abrí una puerta y encontré una oficina grande, llena de luz. Había un tablero de dibujo y en él trabajaba un hombre viejo. Tenía una lente sobre su ojo izquierdo, parecida a las que usan los relojeros. El pelo era totalmente blanco. Pensé que era el más viejo de todos los dibujantes de estampillas.

—¿Señor Faber? Mi nombre es Lucas Lenz y vengo a pedirle información sobre una tortuga que se perdió.

Faber levantó los ojos del tablero.

—Dígame, joven, ¿no tiene nada más provechoso que hacer? Me quedé sin palabras, pero insistí:

—Es una tortuga gigante que hizo usted en una estampilla. Faber miró la foto.

—Sí, la recuerdo. Fue hace veinticinco años. Pero créame que hay por lo menos cien maneras más razonables de perder el tiempo que buscar tortugas.

—Me pagan para esto —dije en tono de detective duro, guardando la fotografía en mi saco.